

ABRIL ZAMORA

NETFLIX

UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

UNA NOVELA DE

ÉLITE

AL
FONDO
DE LA
CLASE

 Planeta

Abril Zamora

Élite:
al fondo de la clase

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Abril Zamora, 2019

© Netflix, Inc., 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019

Depósito legal: B. 22.672-2019

ISBN: 978-84-08-21436-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Capítulo 1

Paula no se lo podía creer, el camarero de La Cabaña estaba entrando por la puerta de su clase. A ver, ella sabía que la escuela San Esteban se había hecho papilla, pero no podía imaginar que algunos de sus alumnos serían dirigidos a Las Encinas... Se sentía un poco mal, pero no podía evitar alegrarse del derrumbe ya que eso hacía que Samuel estuviera en su clase durante un curso entero..., un curso en el que Paula pensaba intentar todos sus trucos (aunque ni siquiera ella misma supiera qué trucos eran esos) para conseguir que se fijara en ella. Samuel. Era lo único que sabía de él.

Se llama Samuel, es lo único que sé de él: su nombre. Samuel. Bueno, sé dónde vive. Está mal, pero alguna vez le he seguido hasta su casa, sin ninguna intención, de verdad, pero no lo pude evitar. Cuando estás pillada hasta las trancas por un tío con el que no tienes ningún tipo de vínculo, pues te las ingenias como sea para acercarte a él, para saber cosas de él. Nosotros no tenemos ningún amigo en común, amigos en común, ninguno..., y probablemente seamos de mundos totalmente opuestos, pero yo no puedo evitar sentir esto cuando él se me

acerca en La Cabaña, la hamburguesería donde trabaja, para tomarme nota.

¿Lo que más me gusta de Samuel? Pues no sé... Esa nariz respingona que tiene. La sonrisilla. Bueno, y su barbilla y sus pestañas tan negras y espesas... Vale, me gusta todo. Y lo que más, su cara de buena gente, de no haber roto nunca un plato. Sé que carga el peso de su familia en su mochila y eso me parece muy tierno... Qué tonta. No, no soy idiota. Estoy apavada porque estoy colada, pero en realidad no soy tan boba. Lo justo. ¿Y por qué sé que estoy enamorada? Pues muy fácil. Es una reacción... como química, como animal. Mi cuerpo reacciona. Por mucho que intento controlarlo, cuando él se acerca se me seca la boca, me tiemblan las rodillas y no puedo ni mantenerle la mirada. Samuel es lo primero que pienso en cuanto me levanto por la mañana, y cuando me voy a dormir... ¡Lo mismo! Es que no me puedo dormir si no pienso en él un rato, un ratito aunque sea. No, guarrerías no, no siempre. Pienso de todo. Cosas normales. Le imagino en una noria, en un parque de atracciones o acurrucado en mi sofá mientras se queda frito, porque es un currante, mientras vemos alguna serie de Netflix. Le imagino un domingo por la mañana en pantalones de chándal y sin camiseta..., y riendo, siempre riendo. Creo que la vida de Samuel no es fácil, pero aun así siempre sonrío y eso es bonito. Vale, sí, y se parece a Harry Potter y yo siempre he sido fan, pero eso prefiero no decirlo mucho por ahí. Sobre todo porque en Las Encinas la gente aprovecha la mínima para saltarte al cuello, para ridiculizarte. Supongo que es la lucha normal en la carrera hacia el éxito: cuantos más cuellos pises más alto llegas.

La gente piensa que, como todos somos niños bien, somos educados o como mínimo bienquedas, pero no, nada de eso... Yo soy una chica maja, mona, sí, no soy creída, pero, chico, yo

qué sé, siempre he sido resultona... Tengo el pelo largo y rubio y tengo el tipo que tenía mi abuela cuando era joven. Ella fue actriz de cine, ¿sabes? Y entonces, ¿por qué no soy popular? Pues muy fácil, por algo relacionado con la sangre. No, no he matado a nadie, que yo sepa. Pero en tercero de la ESO tuve mi primer periodo y me llegó como un torrente de vergüenza roja en medio de una clase de matemáticas. Intenté levantarme e ir al baño, pero fue inútil. En ese momento odié que los uniformes de las chicas fueran con falda; si hubiera llevado unos pantalones en condiciones, lo habría disimulado mejor. Pues eso, que todos se rieron de mí... Vale, puede que mi reacción fuera exagerada, pero es que las chicas de mi clase menstruaban desde hacía tiempo y yo no.

Una vez leí que las chicas que tienen un padre de mala calidad menstrúan antes para hacerse fuertes antes, para hacerse mujeres antes, pero mi padre es un señor bonachón que me ha protegido siempre... Igual por eso tardé tanto en tener mi primera regla. A partir de ahí la gente empezó a llamarme Carrie, por lo de la sangre y tal. Un cuadro. Y esto ¿a qué venía? Ah, sí: el porqué de mi no-popularidad, pero, a ver, a mí eso nunca me ha afectado y es infinitamente mejor. Si fuera una chica muy popular no me podría acercar a Samuel, y el anonimato me da confianza. No me juego nada, no me expongo a nada...

De lo que Paula no se había percatado era de que, nada más cruzar la puerta de la clase, Samuel ya le había echado el ojo a Marina, la hermana de Guzmán. ¿Y por qué? Pues a saber. Tal vez porque Marina disparó su sonrisa primero o porque Paula estaba sentada demasiado al fondo y la melena rizada de la otra tapó la visión del camarero.

Pero, ojo, que Paula no fuera popular no quería decir que no tuviera amigos, no, nada de eso. Es normal que a simple vista, cuando ves la foto de un anuario, te fijes solo en la gente que destaca. Y es normal, entonces, que tus ojos se posen en Carla, Lu, Guzmán, Polo, Ander... Pero, si te fijas bien, a su lado o una fila por detrás verás al resto de los alumnos, y no es que sean menos guapos, no tiene que ver con la belleza, es que su carisma ha sido eclipsado por un montón de alumnos alfa.

Paula es muy guapa, sí, y tiene un cuerpo muy bonito y un pelazo que mueve de un lado a otro, pero nunca ha tenido el don de gentes que la catapultara a los primeros puestos de popularidad de Las Encinas.

Gorka, por ejemplo, tiene orejas de soplillo y eso fue motivo de burla, pero la verdad, y esto él no lo sabe, es que en unos años sus orejas van a traer locas a un montón de chicas, porque a veces lo que nos hace diferentes nos hace personales y hasta sexis y sus orejas lo son, aunque sus compañeros ahora no lo vean. Y lo cierto es que no es muy alto, pero se machaca haciendo abdominales al lado de su cama y no hace alarde, pero se levanta la camisa siempre que puede.

Janine es maja, elocuente y encantadora, pero tiene la talla 40 (la 40, ya ves tú) y eso hace que, no sé..., que no sea apta para la realeza escolar.

Y por último tenemos a María Elena, más conocida como Melena. ¿Por qué? Lo de «Melena» era otra historia. Hija de una famosa modelo internacional que llegó a ser Miss España a mediados de los noventa, no era tan guapa y esbelta como su madre, no, pero la chica no estaba mal. Lo que pasa es que en cuarto de la ESO se le

juntó un poco todo y la ansiedad le derivó en una alopecia areata, algo así como una alopecia nerviosa que hacía que el pelo de la cabeza se le cayera por zonas. Imagina la luna. Ahora imagínala peluda. Ahora quita el pelo de todos sus cráteres. Pues eso era la cabeza de la pobre muchacha. Estaba semicalva y sus compañeros, con muy mala saña, convirtieron su nombre en su insulto. La alopecia le duró poco y el pelo volvió a crecer, se hizo un corte tipo Demi Moore en *Ghost* y la gente se olvidó, pero el mote se quedó y ya nadie le llama por el nombre; de hecho, si alguien le llamara Elena o María Elena, ella ni se giraría... Y Melena, que siempre ha pasado desapercibida, es ahora el centro de atención al inicio de curso porque aún no ha aparecido en clase y sus amigos le han perdido la pista durante todo el verano. Lo cierto es que Gorka lo tenía claro.

Buah, chaval, he escuchado un montón de historias y de movidas sobre Melena. ¿La gente? La gente es lo peor y a la mínima están creando bulos. Hombre, a mí me jode que no me haya pillado el teléfono en todo el verano, porque siempre ha dicho que es mi mejor amiga, ¿o no? Sí, siempre lo ha dicho y a tu mejor amigo no le dejas tirado todo el verano. Que a ver, no me ha hecho falta, porque he estado genial en la casa de mi tía, en la piscina y en la escuela de surf del camping, pero yo qué sé... Si hubiera tenido una emergencia, algo que quisiera contarle, me habría jodido, ¿no? Sí.

¿Que qué dicen de ella? De todo. DE TODO. Que si se ha ido a Londres a abortar, porque conoció a un tío mayor y la dejó preñada. Que si ha ido a Colombia a ponerse tetas y a hacerse una lipoescultura o no sé qué mierdas. Que eso yo sé que

no es verdad, porque no le hace ninguna falta, que yo la he visto en bikini un montón de veces. También escuché que unas señoras del barrio decían que se la había llevado su madre de vacaciones por todo el mundo. Por todo, ¿eh? O que si se había quedado calva del todo, como Charles Xavier, sí, joder, el de los X-Men, el de la silla de ruedas, coño, y que por eso no quería salir de casa... Sinceramente no tengo ni idea, pero espero que me lo cuente. Es lo justo, ¿no? La verdad es que le he dado un puñado de vueltas a la última vez que nos vimos. Creo que fue un botellón en el garaje de su casa y no pasó nada memorable, no estaba enfadada ni nada como para hacernos el vacío. Al revés, hicimos exaltación de la amistad, nos acordamos de historias de parvulitos y hablamos de Pokemon como si tuviéramos putos diez años... Yo siempre fui de Charmander y ella de Jigglypuff.

Mientras todos hablaban de la chica, Melena estaba en el asiento de atrás del lujoso coche gris marengo de su madre. El chófer había parado hacía ya rato en la puerta de Las Encinas, pero ella no quería bajar y se lo tomaba con calma. Volvió a encender su porro y miró al conductor por el retrovisor como amenazándole. No dijo nada, pero su mirada estaba cargada de amenazas: «Si le dices algo a mi madre, te juro que te despide, maldito imbécil». No, ella no era mafiosa, pero le gustaba saber que tenía la sartén por el mango, y lo cierto es que no estaba en su mejor momento. El cristal tintado la protegía de la mirada de sus compañeros, que entraban como borregos ávidos de un nuevo curso escolar.

Dio la última calada al porro, cogió aire y abrió la puerta de golpe. Salió y apretando su coleta de caballo

caminó hacia la majestuosa entrada. Y no era falsa, pero, ¡zas!, armó su cara con una gran sonrisa de oreja a oreja y hasta las mejillas se le sonrojaron como si hubiera una adolescente saludable bajo su piel blanquecina. Pasó al lado de Carla y luego de Lu y les preguntó qué tal el verano, ellas sonrieron amables y le contestaron de un modo cortés. ¿Eran amigas? Bueno... Antes sí, pero la amistad se fue deteriorando en cuarto de la ESO a la misma velocidad que el cuero cabelludo de la chica. Eso sí, su pelo volvió a crecer, pero la relación con ellas ya no fue la misma. Por supuesto, en cuanto Melena cruzó por delante de las dos chicas más populares de Las Encinas, ellas se quedaron cuchicheando, pero tampoco demasiado, en plan: «¿Y esta? ¿De qué va?», pero Melena no era tan importante, no iban a gastar mucha saliva destripándola, ya no.

Claro que Melena saludó a Janine, a Gorka y a Paula al entrar en el aula, pero no era la de siempre... Un saludo con sonrisa de medio lado y manita levantada no era un saludo propio de ella. ¡Habían pasado separados todo el verano! Nadie tuvo tiempo de acercarse a preguntarle nada: llegó el profesor y se quedaron con las ganas.

En cuanto sonó el timbre que anunciaba el final de la primera clase, Melena se levantó y salió del aula rumbo al baño. Gorka no se lo pensó y salió corriendo tras ella; la interceptó a mitad de pasillo.

—¿Qué coño te pasa? —le gritó el chico a varios metros de distancia, justo antes de que ella entrara en el baño de chicas.

—¿Perdona? —contestó ella.

—¿Que qué coño te pasa conmigo? No me has hecho ni puto caso en todo el verano. Ni un mensaje, ni un comentario en una puta foto de Instagram. ¿He hecho algo?

—Gorka, no tengo que darte ninguna explicación de nada. He estado por aquí y por allá... —Melena seguía intentando quitarle hierro a la situación.

—¿Y no tenías cobertura? —insistió él.

—¿Me dejas ir al baño? Me estoy meando y no quiero llegar tarde a la siguiente clase, ¿vale? Ya hablamos.

Ella no le dio ocasión a réplica y se refugió en el baño. Gorka se quedó con la palabra en la boca y, refunfuñando para sí, volvió a clase.

Lo cierto es que Melena no tenía ganas de hacer pipí, no, solo quería estar sola, escondida sin necesidad de sonreír o de ser amable o social con el resto. No estaba bien y no quería estar ahí. Aquel día no. Se echó agua en la cara, se mojó la nuca y se miró en el espejo. Negó con la cabeza y salió armada de su falsa actitud positiva.

*

Christian, uno de los estudiantes del colegio que se había derrumbado, corría desnudo por el pasillo. Todo porque, mientras él se duchaba después de la hora de gimnasia, alguien le había escondido la ropa en el vestuario para hacer la gracia. Esa era la clase de bienvenida que te daban allí cuando no encajabas en los patrones que los populares establecían.

Mientras el muchacho en bolas volaba pasillo abajo,

Gorka interceptó a Paula. Para nada, solo para decirle si podían ir juntos a la fiesta que Marina había organizado para ese finde, y a la que había invitado a la clase entera. El nerviosismo y titubeo del chico, algo impropio de él, provocaron en Paula un montón de preguntas, pero ella se limitó a sonreír y a decirle:

—Claro, Gorka, iremos juntos.

—Genial.

—Genial. —Sonrió de nuevo—. Probablemente venga Janine con nosotros.

El muchacho tragó saliva y se soltó un poco el nudo de la corbata del uniforme.

—Claro, claro. —Se mordió el interior del carrillo en un gesto inconsciente, antes de pasarse la mano por la nuca—. Sí, yo me refería a si íbamos a ir en el mismo coche y tal... No sé, por ir juntos no en plan... Bueno, en plan...

Salvado por la campana. Literalmente. La campana sonó y todos volvieron a clase dejando el pasillo vacío. Aunque ese día algunos, como Janine, no llegaron a anotar una sola frase. Sentada en su silla, miraba por la ventana. Solo repetía una y otra vez que no se lo podía creer.

No me lo puedo creer. O sea, que Marina me haya invitado a su fiesta es como mucho... Vale, sí, nos ha invitado a todos, a toda la clase, pero yo nunca he sido su amiga, creo que no hemos cambiado más de dos palabras... Es lo que tiene ser una nueva rica, que te llevas raro con los ricos que lo son de siempre. A mis padres les tocó la lotería. Ya está. Por eso tenemos tanta pasta. No la ganamos ni con esfuerzo ni con nada. Mi padre

dejó la panadería y nos vinimos a vivir aquí y me metieron en Las Encinas para que en un futuro yo pudiera hacerme rica por mis propios medios y no por un juego absurdo de azar. El caso es que más allá de Gorka o de Paula no tengo amigos, no los necesito, yo me apaño sola con mis mangas, mis animes, mis ovas y mis cosas... No necesito llenar el silencio con conversaciones tontorronas o con critiqueros estúpidos. Yo no. Aun así reconozco que el que Marina me haya invitado a su fiesta me hace sentir... incluida. Normal.

Normal soy. Mucho. Muy normal. A ver, «normal» es un adjetivo que da bastante rabia, pero qué quieres que te diga. Muchas veces me he sentido discriminada o marginada en clase y que Marina, una tía que... que mola, me haya invitado a su fiesta hace que me sienta una más y eso da mucha tranquilidad. El problema: ¡QUE NO SÉ QUÉ COÑO PONERME! Sí, puedo ir de compras con mi madre, pero mi cuerpo no es el de Paula o el de Carla o el de Marina, que aunque no se saca mucho partido es un pibón. Yo soy de hueso ancho, no estoy gorda, aunque me lo hayan pintarrajeado un par de veces en la taquilla. Pero no, no me da inseguridad..., vamos, para nada. PARA NADA. Reconozco que siento un poco de envidia de las chicas de clase que pueden comprarse ropa en cualquier tienda. ¿Sabes que hay tiendas en la ciudad que solo hacen hasta la talla 36? Es muy lamentable y creo que empujan a muchas chicas a tener ciertos desórdenes alimenticios, pero a mí no. Vamos, con lo que me gusta comer. Me gustaría no hacerlo, pero disfruto, y cuando tienes dieciséis años te aseguro que hay pocas... poquitas cosas que te hagan disfrutar. Así que no pienso renegar de ello.

Lo que me asusta es que sé que en la fiesta de Marina va a correr el alcohol que flipas y yo estoy guardando un secreto, un secreto bastante importante. Mucho. Algo que prometí que nun-

ca contaría, pero lo tengo en la punta de la lengua toooooo el rato y sé que en cuanto me tome el primer chupito de Jäger me pondré a soltarlo a la mínima de cambio y no quiero. No quiero. Pero sí quiero, pero no puedo. No debo. Así que me callo. Lo intento. ¿QUÉ ME PONGO? Me quiero morir. Vale, odio mi ropa. ¡Grgh!

*

Omar, el marroquí que le pasaba los porros a Melena, aparcó la bici en la plaza. Ella, vestida con su uniforme, le estaba esperando. Hablaron poco, como siempre. Él era un chico de pocas palabras y no le interesaba mucho la vida de sus clientes. Se limitaba a preguntar «¿cuánto?», a soltar el costo y a pillar la pasta. Cuando eres un camello de adolescentes, mejor no crear mucho vínculo con tus clientes, y eso es algo que a ella le venía fenomenal, porque ese año Melena era como la caja de Pandora. Una caja llenita de secretos oscuros, pero cerrada a cal y canto.

—Pensé que lo estabas dejando —dijo Omar mientras le daba los veinte euros de hachís.

—Y lo dejé —contestó ella con poco interés.

—¿No tienes clase?

—Sí, tener tengo...

—Pero pasas, ¿no?

—¿Y tú? —arremetió ella.

—Yo nada.

Con esta última frase él levantó las cejas, achicó sus ojos casi negros haciéndose un poco el misterioso y volvió a pedalear cuesta arriba.

¿Qué le pasaba a Melena? ¿Por qué tenía esa cara tan agria? ¿Por qué no se abría a nadie? ¿Y por qué fingía normalidad delante de todos cuando era obvio que llevaba un nubarrón cargado de truenos, granizo y todo lo demás encima?

Llegó bastante tarde a clase y se inventó una milonga sobre un pinchazo en la carretera y lo hizo poniendo ojitos, sonriendo y disculpándose. Las matemáticas se le daban fatal, pero mentir era su asignatura favorita... Estaba muy acostumbrada a hacerlo en casa, sobre todo delante de su madre. Había tenido que perfeccionar sus técnicas, porque su madre ya no le pasaba una. Su madre... Lo cierto es que tenían una relación bastante complicada, diría.

Mi madre me odia. Mi madre hubiera preferido abortar en México antes que tenerme. No me quería y llegué en el peor momento, justo cuando su carrera estaba en lo más alto. Cuando eres una famosa modelo con el título de Miss España, es complicado tirar tu carrera por la borda porque te quedas preñada. Pues ella se quedó preñada. Joven, muy guapa, con una herencia que flipas y con un bombo que la apartó de las pasarelas más importantes. Mi madre me odia porque le llené el vientre de estrías, siempre lo dice, y porque su cara cambió después de parir. Dice que le dolió tanto el parto y el desgarro que le hice al salir con mis casi cinco kilos que se le agrió la expresión y nunca volvió a parecer una persona dulce. Mi madre me odia. Lo sé, porque lo dice por lo bajo cuando se enfada o cuando la decepciono, que suele ser tres o cuatro veces al día. Ella cree que no me doy cuenta, pero sus labios llenitos de ácido hialurónico se mueven de un modo sutil pronunciando un «te odio» mudo.

Pero no me importa, porque yo también la odio a ella. Odio sus fotos enseñando sus kilométricas piernas, odio su pasado, su presente y me gustaría perderla de vista en el futuro.

Cuando cumpla los dieciocho me piraré. Sí, no sé qué haré con mi vida, pero sé que pase lo que pase y haga lo que haga no lo haré cerca de esta imbécil que tengo por madre. Sí, la llamo imbécil, pero también se lo digo a la cara, no me gusta insultar a nadie a la espalda. Ella me odia, yo la odio y hacemos por soportarnos, pero se nos da mal. Todo se nos da mal. Yo suspendo siempre matemáticas y ella suspende maternidad. Yo apruebo mentir y ella aprueba emborracharse en cinco minutos. Supongo que lo consigue gracias al efecto de las pastillas mezcladas con el ron con Coca-Cola, porque aunque sea rematadamente pija tiene gustos chabacanos: el resto de las madres de alumnos de Las Encinas se emborrachan con carísimas botellas de vino tinto reserva de no sé qué, cosecha de no sé cuánto, pero mi madre muestra su vulgaridad cuando se mete lingotazos del peor ron de Mercadona. Y de todos modos se conserva bien, la cabrona, y a veces la admiro al caminar como un fantasma por la casa, con su bata de seda china, escalera arriba, escalera abajo... Ojalá un día te resbales y te abras la cabeza. Aunque estoy convencida de que no me dejarás ni un céntimo en tu testamento. ¿Por qué? Porque me odias, y me da igual. ¿Por qué? Pues porque yo también te odio.

*

Y llegó el día de la fiesta. Acababa de empezar el curso y los alumnos ya tenían una excusa perfecta para dar rienda suelta al jolgorio y a la bebida. Y más si eso ayudaba a quitarse movidas de la cabeza. Gorka estaba rayado, por-

que Melena seguía pasando de él de una manera muy explícita, y cada vez se la veía más amiga de Lu y de Carla. En realidad, quizá no más amigas, pero desde luego Melena hacía un esfuerzo notable por que las chicas la incluyeran en sus cosas. Y se reían las tres en clase, idiotizadas en la línea de esas chicas guapas y ligeras que pocos conflictos tienen por resolver.

Janine eligió para la fiesta un vestido un poco excesivo. Paula le dijo que igual era demasiado ajustado, pero a ella le hacía ilusión ponérselo. Lo cierto es que el color morado le favorecía, pero se la veía un poco embutida, aunque el tutorial de maquillaje que había visto en YouTube había surtido su efecto e iba monísima. Embutida en el vestido, pero monísima. Como una bella morcilla con labios rojos Rouge Pur Couture de Yves Saint Laurent.

Gorka pasó a recogerlas y la verdad es que se quedó impresionado al ver a las dos chicas tan... tan... tanto. Paula estaba preciosa con su vestido de dos piezas rosa y su chaqueta de cuero que rompía lo naif del *look*. Era muy mona y no hacía falta que se arreglara mucho para destacar sobre el resto. Y tenía esa melena comodín, que se podía secar al viento y siempre le daba un resultado impecable, asalvajadamente ordenada.

—Guau —balbuceó Gorka.

—Guau dijo el perro —contestó Janine intentando hacer un chascarrillo que solo le hizo gracia a ella.

—¿Nos vamos?

Los tres se montaron en el coche del padre de Gorka y llegaron a la fiesta de Marina.

—¡Guala! —Janine miraba a su alrededor con la boca abierta.

Era imposible no notar la cámara lenta cuando entrabas en esa mansión. Todo era tan bonito que hasta la vida se ralentizaba para darle la importancia necesaria a los pequeños detalles.

Madre mía. El jardín estaba iluminado de un modo precioso, bombillas de esas chiquititas, que antes eran navideñas y ahora copan las terrazas *cool*, y unas grandes letras coronaban el espacio con el nombre de la joven anfitriona. Era su fiesta de «presentación» en sociedad. Las malas lenguas decían que entre la gente de su «estatus» se hacía este tipo de paripés para que los jóvenes se relacionaran, flirtearan y se conocieran un poco más. Algo así como para sembrar la semilla del matrimonio entre adolescentes que estuvieran en su misma posición.

Janine esto no lo sabía, porque hacía poco que había llegado al poder adquisitivo, pero para el resto era un secreto a voces.

Alto y atlético, con el mentón marcado y un aspecto nada propio de un adolescente, porque aunque Mario tuviera dieciocho años parecía un hombrecito hecho y derecho, esa clase de tío al que nunca le habían pedido el DNI en la puerta de una discoteca, no porque estuviera forrado, que también —su padre era el multimillonario creador de la *app* AparcaCar, una aplicación que te decía dónde tenías sitio para aparcar—, sino porque siempre había parecido un poco mayor que el resto. De todas formas, eso solo era un rasgo físico, porque por dentro seguía comportándose como un auténtico niño, pero un niño con gracia y estilo, un niño con el pelo estratégicamente colocado. Mario estaba en el último curso en Las Encinas y todo lo que tenía de guapo lo

tenía de mal estudiante, y como los profesores no siempre podían hacer la vista gorda, había repetido en un par de ocasiones. Si preguntaras a cualquier alumno de Las Encinas te diría que...

... Mario es lo que nosotros llamamos un «rompebragas». Él pasa de trabajar en clase, pero siempre aprueba, el cabrón. Cada semana lo ves con una tía diferente agarrada a su cuello. Dicen que perdió la virginidad con doce y que se acostó con una profesora... Eso me lo han contado, pero no creo que sea verdad, sobre todo porque aquí son todas viejas y no le pega mucho el rollo MILF, pero es el típico tío que siempre está en la lista y en los reservados de los garitos más chulos, en las fiestas más punteras y tiene ciento veinte mil seguidores en Instagram. Igual son comprados, pero los tiene, aunque tiene un contenido facilón. Mira, mira... Todo fotos de abdominales, de caritas intensas y de hashtags en inglés. Pero la verdad es que Mario lo peta bastante. Lo peta todo...

Y ahí estaba él, el más popular de Las Encinas, al lado de la barra con una copa de champán y rodeado de un séquito de tíos guapos, no tanto como él, y de cuatro o cinco pavas vacías y sonrientes.

La fiesta avanzaba con normalidad. Un baile por aquí, un morreo por allá, unos secretitos frívolos... Si hacías una ruta turística por casa de Marina, podías ver a Melena charlando con Carla y su novio Polo; a Lu acercándose de un modo raro a Nadia, la chica nueva del hiyab; a Ander, el hijo de la directora y jugador de tenis estrella, empinando el codo como si no hubiera un mañana; y en una esquina verías a Paula, Janine y

Gorka dando buchitos de una botella de Jägermeister que habían colado. El alcohol de la fiesta estaba bien, pero una fiesta sin chupitos de Jäger no era una fiesta de verdad.

Janine, reacia, prefería pasar de los chupitos —«No quiero, no quiero, no debo, no quiero. No, Gorka, aleja esa botella de mi boca, no quiero, no quiero, no quiero»—, pero al final acabó sucumbiendo —«Trae para acá, anda»—: ERROR. ¿Por qué? Fácil... Cuando cenas nada para caber en un vestido ajustado y te tomas cinco chupitos seguidos de ese brebaje negro, a los quince minutos estás dando tumbos como una peonza, y eso no es nada grave si estás en cualquier discoteca, pero en la fiesta de Marina Nunier Osuna no está muy bien visto.

Empezó a sonar *Perdona (ahora sí que sí)*, de Carolina Durante, y Janine se sobreexcitó y dejó a sus amigos a un lado para ir corriendo a la improvisada pista de baile en el jardín. Todo daba vueltas, ella también. Lo cierto es que era una gran bailarina, cuando no estaba borracha..., y en ese momento lo estaba. Mucho. Pobrecilla.

—«Te pido perdón por no ser mejor que nadie» —canturreaba a voces como si estuviera en un concierto.

Algo maravilloso cuando no eres una chica popular es el gran poder de la invisibilidad, pero ella ya no lo tenía, porque su danza llamaba mucho la atención. Como mínimo seguía con su secreto en la punta de la lengua, aunque las palabras latían en su boca intentando abrirse camino. Palabras que golpeaban los dientes, que se hacían hueco entre los labios, pero que volvían adentro con el aire que tomaba a bocanadas... Sí, bailar a lo loco te deja exhausta y respiras con dificultad. Si

una vidente hubiera irrumpido en la sala y hubiera cogido la mano de la chica de la talla 40, habría escupido un tajante: «Se avecina una catástrofe», pero por desgracia para ella no había videntes en la sala, solo los ojos de Mario y su mentón escupido resaltando entre la multitud..., ¡boom!

Janine dejó de bailar y decidida se acercó a él separando al grupito de chicas que le hacían casi de guardaespaldas como si se abriera paso hasta el escenario de un concierto.

—Mario, hola.

No hizo falta que dijera nada más para que el grupo entero guardase silencio. Todos la miraron fijamente, como si ella fuera la encargada de seguir la conversación, pero no dijo nada. Su sonrisa se deshizo y la de ellos empezó a brotar. Sí, se rieron de ella.

—Mario...

Él no dijo nada, la miró de arriba abajo con el ceño apretadísimo, cada vez más apretado, y susurró un «Qué asco de gorda» sin ningún tipo de esfuerzo. Todos salieron de la zona de la barra alejándose de Janine entre susurros y risitas. Ella, desconsolada, no podía creerse lo que estaba pasando. «Qué asco de gorda», cuatro palabras que retumbaban golpeándole todos los órganos de su cuerpo.

Qué: golpe en el bazo.

Asco: patada en los riñones.

De: pellizco en el estómago.

Gorda: puñetazo en los pulmones.

Le costaba respirar y el sabor a Jäger le volvió a la boca recordándole que la culpa era solo de ella. Corrió

hacia el baño, pero Lu se le adelantó, alguien le había vomitado en la falda y llevaba cara de pocos amigos.

—Ocupado, gordita —soltó la mexicana, y le cerró la puerta en las narices.

Janine emitió una especie de sonido animal, como un rugido, y siguió el pasillo de la casa hasta el salón desierto, por suerte todos estaban en el jardín y a ella le venía de fábula un poquito de oscuridad. Se sentó y escondió la cabeza entre las manos. Sí, todo le daba vueltas..., la cabeza, el corazón. Una pequeña arcada hizo que se echara para atrás y que se tumbara en el sofá. Ella se sentía como la Ofelia de aquel cuadro que vio una vez, flotando, aunque más bien parecía una chica que había caído de un cuarto piso y que se había aplastado contra el asfalto.

Alguien se acercó, pero no hizo el esfuerzo de levantarse. Además, le parecía una aventura difícilísima el incorporarse, había perdido el control sobre su cuerpo. Hasta que ese alguien en cuestión la golpeó en el pie. Un golpe fuerte. Una patada. Janine alzó la mirada para descubrir a Mario en la penumbra del amplio salón y por su cara no parecía que la hubiera buscado para ver cómo se encontraba precisamente.

—¿Tú eres gilipollas o qué te pasa? —le gritó inclinado sobre ella—. ¿Quién coño te crees que eres para venir a hablarme delante de todos? ¿Eh? ¡Que me respondas! ¿Quieres que te hunda? ¿Es eso lo que quieres? Mira, maldita idiota... Lo que pasó en verano se queda en verano. Estaba borracho y te aprovechaste, pero sobrio nunca me hubiera acercado a una tía como tú, porque no me gustas, porque eres un puto bicho y porque

no creo que puedas gustar a nadie en su sano juicio, porque das asco. ¿Me escuchas? ¡DAS ASCO! Así que será mejor que te calles la boca y que cuando nos crucemos agaches la mirada y ni me mires. ¿Me oyes? NI ME MI-RES —dijo remarcando cada sílaba. Tenía los ojos inyectados en sangre—. Joder, no me podía haber quedado quietecito, no, tenía que enrollarme con la gorda del colegio... Esto no es un aviso, ni es una amenaza. Es un puto ultimátum, ¿estamos? Si te me vuelves a acercar a menos de diez metros, si me vuelves a hablar o si me mencionas por ahí, me enteraré y te reventaré como a un mosquito, bueno, como a un puto moscardón. ¡QUE NO ME MIRE! Joder.

No, Janine, no pudo replicar, se quedó temblando sentada y empezó a respirar con dificultad —otra vez— por lo desagradable de la estampa mientras el chico salía con paso firme del salón.

Vale, Janine no pretendía que fueran amigos y mucho menos que tuvieran o empezaran una relación, pero él había sido muy... muy... hijo de puta. Y ahí estaba sola en la oscuridad con su secreto rondando en la sala: se había enrollado con el chico más popular del colegio. Ella no se aprovechó. No. Él estaba borracho, pero tomó todas las iniciativas. Es lo que tienen las fiestas en los pueblos. Veranearon en el mismo sitio. Él iba solo con sus padres, Janine sola con los suyos, y en la disco móvil y bien cargados de macetas de tinto de verano surgió una chispa entre ambos. Probablemente si le preguntasen a él diría que fue un horror, pero ella te diría que...

... Fue precioso. Nunca hubiera imaginado que él se fijara en mí, en circunstancias normales nunca se hubiera fijado en mí, pero las vacaciones de verano no son circunstancias normales. Sí, nos liamos, después de beber, de bailar y de reír, y él fue encantador, majísimo. No es que yo sea una romántica aunque sea fan de Grease y de las historias japonesas de amores de instituto, es que todo se convirtió en una de esas historias donde un chico conoce a una chica y ve mucho más allá de su físico. Él no sabía que íbamos al mismo instituto y yo no se lo dije... ¿Qué hubiera pasado si se lo hubiera dicho? ¿Que él no me hubiera llevado a su casa? Pues tal vez...

Subimos la escalera y me besó contra la pared, un beso húmedo pero tierno, aunque con un puntito justo de violencia, porque él manejaba la situación y eso estaba claro. Mi coleta golpeó una foto de su comunión que cayó al suelo y nos reímos, pero todo daba igual porque nos lo estábamos pasando tan bien. Entramos en su cuarto en su casa de veraneo y mantenía la decoración de cuando él era pequeño, casi como si nos hubiéramos montado en el Delorean de Regreso al futuro y hubiéramos llegado a su pasado. Una cama pequeña, un mueble nido lleno de pegatinas y de pósters de Ben 10 o de las Tortugas Ninja, no me acuerdo muy bien... Me tumbó en la cama y se quitó la camiseta. Se puso sobre mí y su cadenita me daba golpes en el pecho, estaba fría y rozaba mi escote como si fuera un tintineo... simpático, no sé. Me quitó la blusa, me quitó el sujetador, me bajó la falda y se quedó atascada y nos reímos más. Volvió sobre mí y me besó, el romanticismo dio paso al desorden: su boca, la mía, su lengua, mi saliva, y sin darme cuenta su mano estaba en mi entrepierna. Estuve a punto de quitarla, como un acto reflejo, estuve a punto de decirle que no lo había hecho nunca..., pero no hice nada de eso, solo le dejé que controlara la situación.

Dio un salto y trasteó... luego entendí que estaba buscando un condón, algo que quieras que no me infundió un poquito más de seguridad, y el resto es historia... y qué historia. No fue largo, no fue bonito, ni hipnótico, ni él cambió de ritmo... Sí, he visto películas, he visto muchos vídeos, las chicas vemos vídeos y los chicos cambian de ritmo y sus pelvis hacen como una ola sobre unas rocas... No sé, es difícil de explicar. No, nuestro polvo tenía una partitura solo de dos acordes, el ñic y el ñac de los muelles de su cama vieja. Y no, claro que no fue como lo hubiera imaginado. Yo nunca había imaginado que mi primera vez fuera apresurada y poco sorprendente. Era su pene entrando en mi vagina, nada más, sin mucho artificio y sin mucha magia; pero me gustó y sé que le gustó. Yo me tapé con las sábanas, unas sábanas que tenían dibujitos de animales que hacían deportes. Había un elefante que lanzaba una jabalina, una jirafa que jugaba al bádminton, un león que saltaba vallas y un canguro boxeador. Unas sábanas muy muy antiguas y con bolitas, pero todo daba igual. Él, yo y la luz de la luna que lo bañaba todo. Ais...

Seguimos un poco de charla y empecé a vestirme, no quería que mis padres sospecharan y me sometieran a un tercer grado. Mario me preguntó si tenía Insta y ojalá le hubiera dicho que no. Pero se lo di: @Janine_Sakura12, y cuando él entró en mi perfil fue una catástrofe porque descubrió mis fotos con el uniforme de su colegio. De SU colegio. Todo mal. Que si esto no tenía que haber ocurrido nunca, que si no lo digas... Bla, bla, bla... Yo estaba tan contenta por lo que había pasado que no le di mucha importancia. No le volví a ver hasta el primer día de clase, y como era de esperar me ignoró. Podría apañármelas para no hablarle, para no mirarle como me había pedido, pero la experiencia, mi primera vez y las sábanas de animalitos no podría borrarlas de mi cabeza nunca.

La fiesta..., la fiesta estaba llegando a su fin y la verdad es que Paula estaba un poco decepcionada, porque no había cruzado ni una sola palabra con Samuel. La noche había pasado de prometer mucho a ser una noche cualquiera. Janine se acercó a Gorka y a ella, con la cara un poco desencajada, pero ni se paró a hablar con sus amigos.

—Chicos, el Jäger me ha sentado como el culo, me voy ya.

Paula y Gorka se miraron un poco desconcertados, pero si Janine decía que se iba, se iba, y Gorka prefería estar solo con Paula, eso es así.

—Pues yo me voy también, ¿no? —dijo Paula—. Esto es un poco coñazo y me duele la cabeza. ¿Llamas a tu padre?

Y en ese momento, cuando ya no podía hacer nada para retenerla, Gorka se dio cuenta de que estaba enamorado totalmente de ella y de que no había marcha atrás.